

Renán...

(Viene de la página 331).

El mejor pueblo es «el que soporta el origen divino (de los Reyes) sin avergonzarse», sin discutirlo, sin negarlo. (Prefacio, *Cuestiones Contemporáneas*). El que negó la divinidad de Cristo, «dejando desiertos los altares», como decía Avellaneda, no quiere que discutamos ese divertido origen divino de los Reyes. Y el mismo Renán probó que ciertos fundadores de monarquías, como David, habían sido unos bandidos auténticos. (*Hist. del Pueblo de Israel*, libro segundo, cap. 18). No quiere que hagamos lo que él hizo...

«La desigualdad de clases es el latigazo que hace marchar el mundo» (*Diálogos Filosóficos*). Fouillée, en su *Novísimo Concepto del Derecho*, dió ya buena cuenta de esta tesis oligárquica. Renán, hijo del pueblo, renegaba de su origen.

«El talento ni el mérito no dá derecho a intervenir en la cosa pública». (*Filosofía de la Hist. Contemporánea*). Consecuencia: el gobierno debe quedar para uso y abuso de los mediocres...

Seamos francos: Renán no comprendió el espíritu de su tiempo. Pretendía resucitar el alma del pasado, lo mediato, de que apenas tenemos vislumbres, datos fragmentarios, y desconocía lo inmediato, lo que estaba palpando, la realidad de su medio. Si el estudio de la historia no sirve para conocer el presente ni permite presentir el futuro ¿para qué otra cosa servirá? ¿Quién sabe si Luis Bordeau y Anatole France no están en la verdad cuando enseñan que la historia no es ciencia!

Castelar, otra vez, vió más claro que Renán cuando puso en la democracia su fórmula del progreso. El genio de la democracia está despertando de un sueño milenarista hasta el Imperio Chino que parecía petrificado.

He pensado, a veces, que si algunos de los filósofos de Europa, enemigos de la democracia—Taine, Renán, Le Bon—hubiesen visitado nuestra América, hubieran ganado en amplitud de ideas. Hubieran estudiado nuestro medio social, acaso nuestras condiciones telúricas y tal vez hubieran comprendido a nuestros gauchos que, a su modo, eran profesores de energía y supieron luchar por la independencia porque, libres y raudos como el viento, llevaban en su corazón la democracia. Aquellos pensadores con nuestro contacto, como sucede a muchos europeos que no lo son, hubieran sentido el orgullo del demócrata, la bravura de la vida americana.

Y, volviendo a Renán, conviene precisar que, en consecuencia de sus ideas antidemocráticas, se—

PRONUNCIÓ CONTRA LAS LEYES, OBTANDO POR LO ARBITRARIO. Habló con el más profundo desdén «de las redes de leyes» que aprisionan a las sociedades modernas. «Vale más lo arbitrario», inculcaba (*Estado de los espíritus en 1849*). Yo no voy a perdonarle estos aforismos, sobre todo, hablando ante una Facultad de Ciencias Jurídicas.

Thiers pudo decirle lo que dijo en su *Consulado y el Imperio*, que en esas redes de leyes está la salvación de las sociedades modernas porque en ellas consisten las garantías individuales, resultado de la experiencia de los siglos.

Nietzsche le hubiera enseñado que confiar en lo arbitrario es confiar en la equidad, «enemiga de la justicia», en esa equidad, noción de lo justo que hay en cada conciencia, que varía según la raza, la edad, el sexo, la salud, y sobre todo, según el interés o el egoísmo. Y hay egoísmo hasta en la plegaria de los santos! el Derecho Moderno no confía en la equidad de nadie.

Ihering le diría lo que imprimió en su *Lucha por el Derecho*: que las sociedades decaen cuando se aflojan las tramas de esas redes de leyes.

En fin, lo arbitrario es la Dictadura, y para evitarla el Derecho Moderno construye esas jaulas de hierro que se llaman Constituciones, leyes, reglamentos, donde encierra a los hombres para que no hagan daño. Nuestra noción cardinal es que debe desconfiarse de la naturaleza humana.

Y, vamos adelante.

(Concluirá en el número próximo).

El nuevo idioma castellano

(Encuesta)

Juncaí, 2170, Dept. 16.

Buenos Aires, Diciembre 25, 1924

Señor Director del REPERTORIO AMERICANO

Estimado señor:

Acudo a su llamado de opinar sobre "El Nuevo Idioma Castellano", alegato de que es autor uno de nuestros escritores que merece más respeto por su saber y más admiración por su medio expresivo, ágil y conciso.

Comparemos un poco antes de entrar a fondo en la cuestión. El inglés hablado en los Estados Unidos es harto distinto del usado en Inglaterra, sin que ello sea óbice para que los ingleses se molesten. Es aceptado como hecho consumado de que el idioma ha de crearlo y modificarlo el pueblo que lo usa, y siendo tan mercúrico el temperamento estadounidense y el resultado de fusiones de razas, no cabe dudar que su sintáxis ha de ser más comprimida y el giro más breve y conciso que en el idioma paterno.

Si me es simpático este lenguaje literario norteamericano, confieso prefiero el castellano de España y me deleitan sus modismos pintorescos excesivamente expresivos y una nota de arte de que carece el español del Río de la Plata, que es mi término de comparación. Como escritor, busco la corrección castiza, su sabor, sin por ello pretender escribir en un idioma preciosista o artificioso que desdejaría de mi origen platense.

Estimo se puede aunar la agilidad y lo claro del pensar en francés, digámoslo así, sin extremar el concepto con el rotundo decir castellano. Los mejores cultores del idioma de cepa americana que conozco, responden a esa concepción dinámica del lenguaje, que sin destruir su noble elegancia, le adapta a las nuevas exigencias de la vida moderna.

Saluda a Ud. atentamente,

ALBERTO NIN FRÍAS